

A la orilla de la eternidad

Carlos Martínez Assad

El 7 de enero de 2009 falleció el entrañable y prolífico historiador Ernesto de la Torre Villar; apenas hacía unos meses había sido invitado para presentar Construyendo la patria. Ensayo histórico de México (UNAM, 2007) una de sus publicaciones, seguramente no la última porque siempre estaba pensando en una nueva debido a su interés constante en la historia. Días previos a su deceso hablamos por teléfono y me pidió publicar lo que había expresado en esa ocasión. Éste es un mínimo homenaje a su solicitud.

La biblioteca califal fundada por Al-Mamun (813-833) en Bagdad, se dio a conocer como el Tesoro de las Ciencias o Casa de las Ciencias. Albergaba traductores del siríaco y del griego, por lo que manuscritos científicos y filosóficos ya habían sido traducidos en el siglo IX, destacando obras como las *Fábulas* de Bilpai, la *Lógica* de Aristóteles, la *Geografía* de Ptolomeo, los *Elementos* de Eurípides. Se dice que en esos años fue traducido del farsi al árabe y complementado el libro de *Las mil y una noches*. En él aparece el califa Harunu-r-Raschis, contemporáneo de Carlomagno, quien ocupó un lugar destacado en esos relatos como mecenas de las artes. Su corte era:

...la meta a que se dirigen desde todos los lugares del mundo conocidos poetas, narradores de cuentos e historias, filósofos y eruditos, hombres de saber y de ingenio; siempre hay uno o más poetas a la puerta de su diván, esperando a que el califa despache sus asuntos de Estado y pida un poeta como quien pide una rosa o una copa de vino para despejar su mente cansada.

Un estado de ánimo semejante a quienes acudían al diván de ese califa produce seguir los pasos de don Ernesto de la Torre Villar y la lectura de dos tomos, de

857 páginas el primero y de 576 el segundo, 15 apartados y 43 libros o ensayos reunidos en el sugerente título *Construyendo la patria. Ensayo histórico de México* (UNAM, 2007). La propuesta de biblioteca fundamental que reunió evidencia el largo camino recorrido por y para la historia. En su ensayo introductorio considera esta obra como los “ecos y resonancias del pasado”, aunque en el presente presagia un “porvenir incierto”, con un mensaje: conservar la memoria que el autor considera igual a “defender la libertad”.

Como los autores, principalmente pensadores que incluye, el maestro De la Torre forma parte de esos hombres de amplios horizontes “cuya imaginación no tuvo límites” para construir un legado que forma el alma del país y que Michelet definiría como “Magnífica exhuberancia de la imaginación” y con don Ernesto agregaría: “Este libro fue hecho de mí mismo, de mi vida, y de mi corazón”.

Revisión de madurez que propone ir a nuestras profundas raíces identitarias. ¿Puede haber afirmación más contundente que cuando el autor afirma “sentir la historia como si fuera nuestra propia vida”? Ésa es la consigna de la propuesta de este libro que sigue la incesante lucha de los mexicanos por alcanzar mejor situación. Desde los antiguos como Nezahualcōyotl y su angustia del mundo; la exaltación del indio y su defensa. Escribió Bartolomé de Las Casas: “Dejadas infinitas e inauditas crueldades, que hicieron los que se llaman cristianos, en este reino, que no basta juicio a pensarlas...” (t., p.117).

Para mostrar el autor la plenitud cultural mexicana en el siglo XVII y escuchar la voz de Francisco Javier Clavijero celebrar a la Ciudad de México, “donde abundan las bibliotecas” y refutar a Manuel Martí por

su equívoco “menosprecio de nuestras cosas y personas” porque “Hemos pues, de demostrarle en primer término, cuánto sobresalen por su inteligencia los americanos; y pondremos de relieve, en segundo lugar, su afición y amor a las letras” (I., p.260).

Más adelante estarán las palabras de los criollos vinculados con la acción, destacando desde luego Miguel Hidalgo y Costilla, personaje entrañable en la obra de don Ernesto, criticando a los opresores y manifestándose en contra de la esclavitud y adelantando un hermoso como profundo concepto al llamar a sus “amados conciudadanos”. También dio sentido al uso del concepto de “gachupines”, tratados como “hombres desnaturalizados, que han roto los más estrechos vínculos de la sangre...” (I., p.281), o definidos por el Barón Alexander Von Humboldt por los mismos años: “los individuos nacidos en Europa, llamados vulgarmente gachupines” y sería importante recordar esa ya remota denominación en el ánimo conmemorativo de nuestros días.

No podía faltar en ánimo de la continuidad el tan citado manifiesto de “Sentimientos de la Nación” de José María Morelos y Pavón y su idea de “Que la soberanía dimana inmediatamente del pueblo, el que sólo quiere depositarla en el supremo Congreso Nacional Americano, compuesto de representantes de las provincias...” (I., p.289) premonición del federalismo y adelanto del espíritu republicano. Aunque luego vendría el título sumario de fray Servando Teresa de Mier: *La Federación no es solución*, quien extrapoló la idea de que el republicanismo era el sistema propio de las naciones americanas.

Todavía sorprende Mariano Otero con su *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que agita en la República mexicana* que cerca de dos siglos mantiene una enorme vigencia, si no escuchan: “...la sociedad entera asiste en estos días a la representación de este vasto y complicado drama, en el que representan la ambición y las pasiones más egoístas, mal cubiertas con mentiras [...] se ve a los intereses que dividen a la nación” (II., p.583). Critica a las familias nobles y a los dueños del capital inmobiliario y realiza una caracterización de las clases sociales y el contraste entre los poderosos y los destinados al trabajo duro, por ejemplo, en las minas. Y algo completamente inusual fue hablar de las clases



Ernesto de la Torre Villar

emergentes.

Para José María Iglesias el unto estaba en reconocer la capacidad del pueblo para elegir el régimen político de su preferencia desde “el más liberal hasta el más despótico, sin restricción de ninguna clase” (II., p.705) hasta incluso incidir en los “derechos del hombre en sociedad” a través de los postulados indispensables de la Constitución.

En la caracterización que se desprende del libro de don Ernesto no podía faltar la de ese componente fundamental de la sociedad: el indio. Por lo que para su justa valoración recurre a Manuel Gamio, quien propuso el valor de la integración nacional aunque los pobladores originales hablen multitud de idiomas y posean características culturales diferentes en sus variadas regiones. La extensión del problema lo hizo Miguel Othón de Mendizábal al caracterizar los problemas económicos, sociales, culturales de los grupos indígenas. Como dato interesante recuerda que en el primer censo general de

El maestro De la Torre forma parte de esos hombres de amplios horizontes “cuya imaginación no tuvo límites” para construir un legado que forma parte del alma del país.

La propuesta de *Construyendo la patria. Ensayo histórico de México* sigue la incesante lucha de los mexicanos por alcanzar mejor situación.

1895 se suprimió el concepto de raza y, en cambio, se captó el de idiomas indígenas. Sin embargo, en el de 1921 se retomó de nuevo el concepto. Sin duda, vinculado al proyecto ideológico que impulsó entonces José Vasconcelos en concordancia con lo que sucedía en el mundo, incidiendo en el debate con *La raza cósmica* y su concepción de grados civilizatorios y afirmaciones con las que nunca estuve de acuerdo: “El indio, por medio del injerto en la raza afín, daría el salto de los millares de años que median de la Atlántida a nuestra época, y en unas cuantas décadas de eugenesia estética podría desapaecer el negro...” (II., p.131). Lo importante del análisis de Mendizábal fue el dar por buena la cifra del censo de 1930 que contó cincuenta y cuatro lenguas indígenas, número que se mantuvo

hasta recientemente en que la nueva pluralidad alega una existencia mayor.

Y entre la búsqueda del ser mexicano, destacó el libro de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, reflexión parteaguas de la psicología del mexicano individual y colectiva con un impacto que sobrevivió al tiempo: el del “pelado” o el carácter del ciudadano. Su idea de que “Toda cultura se edifica siempre sobre un sentido religioso de la vida”, al que además le hace pensar en el aliento del esfuerzo creador, me parece una aportación.

Para entender la Revolución y el cambio, don Ernesto nos propone a dos pensadores: Francisco I. Madero y su obra de ruptura que es *La sucesión presidencial en 1910* con su idea movilizadora de la “no reelección” y lo avanzado que significaba la posibilidad de la organización de los ciudadanos bajo el esquema de un partido político; y Andrés Molina Enríquez interesado en entender los problemas de México, junto con la discusión de la nacionalidad y de la idea de patria.

Con la selección de textos de Luis Cabrera, Manuel Gómez Morán, Daniel Cosío Villegas, Narciso Bassols, Ignacio Chávez, Antonio Caso, Leopoldo Zea y Alfonso Reyes, don Ernesto nos hace volver la vista a los clásicos de ayer y de hoy para entender lo que es México y lo que somos los mexicanos, quienes con sus ideas continúan reforzando el amor a la patria del que habla Edmundo O’Gorman y con el que coincide el maestro De la Torre: “arrojar alguna luz sobre la índole creadora de la relación que se establece entre el impulso amoroso y el saber histórico”. Así el pasado humano se aplica al propio; es decir: “al amor del historiador por su patria”.

Michelet habló en el mismo sentido:

Con el paso del tiempo, he descubierto que la historia no sólo contiene la verdad, los datos y fechas que marcan la vida de una persona, de una colectividad; las dilatadas genealogías, las innumerables guerras y calamidades, sino que encierra oculta belleza, emociones indescriptibles del espíritu, gozo tanto infantiles como de héroes de una batalla.

Sí, una batalla como la del propio maestro De la Torre al darnos las pistas de su itinerario intelectual y mostrar como Michelet, que había realizado su libro con “una emoción religiosa que no era piedra ni guijarro lo que había recogido sino los huesos de mis padres”.

Para finalizar, me apoyo en Hernán Lavín Celis:

